

EL PENSAMIENTO MORAL DE ADAM SMITH

ADAM SMITH'S MORAL THOUGHT

Debora Gosen*

Depto. de Teoría Económica - Escuela de Economía

Universidad Central de Venezuela

debora.gosen@gmail.com

<https://orcid.org/0009-0004-1205-6201>

«Cómo citar este artículo»

<https://doi.org/10.37883/rvecs.2026.1.1.05>

Fecha de recepción: 25/09/2025

Fecha de aceptación: 13/11/2025

* Economista UCV, MSc. IESA. Docente Asistente TC. Línea de investigación: Ética y Economía.



Este artículo y sus anexos se distribuyen por la Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales, bajo los términos de la Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual

RESUMEN

El presente trabajo examina los principales aportes a la filosofía moral que Adam Smith formuló en su célebre libro, *La teoría de los sentimientos morales*. El objetivo general de la obra es deducir el origen tanto de la acción social como de los juicios y las valoraciones morales. Smith señala que la sociedad no es un resultado fortuito, sino la consecuencia de relaciones y prácticas recurrentes que corresponden a un orden natural; un entramado indispensable para vislumbrar el fenómeno humano en profundidad. Lejos de iniciar su teoría moral proponiendo máximas a priori del bien y del mal, al estilo de los dogmas religiosos, el autor explica cómo se construyen socialmente las nociones de lo propio y lo impropio. Bajo este enfoque, las nociones morales son modeladas por la sociedad y los sentimientos son la base fundamental del criterio de valoración. Su moral supone que los seres humanos están movidos por algo tan simple como vigoroso: la simpatía que sentimos por nuestros semejantes. Así, la moral implica corrección, entendida como la conformidad entre el sentimiento o la conducta y la causa que los motiva. Para ilustrarlo, Smith parte de la dualidad entre amor propio y compasión, reconociendo que los individuos no solo obtienen placer de sí mismos, sino también de su participación en las experiencias que comparten con sus semejantes. Finalmente, la obra analiza los principios a través de los cuales juzgamos la conducta ajena a través de la simpatía y la conducta propia valiéndose de la figura del espectador imparcial.

Palabras clave: Empatía/ simpatía/ benevolencia/ amor propio/ compasión/ espectador imparcial.

ABSTRACT

This work examines Adam Smith's main contributions to moral philosophy in his famous book, *The Theory of Moral Sentiments*. The work's main objective is to deduce the origins of social action and moral judgments. Smith argues that society is not a fortuitous result but rather the consequence of recurring relationships and practices corresponding to a natural order — an indispensable framework for understanding the human phenomenon. Rather than beginning his moral theory by proposing maxims of good and evil a priori, in the style of religious dogmas, Smith explains how notions of right and wrong are socially constructed. According to this approach, moral notions are shaped by society, and feelings form the basis of judgment. Smith's moral philosophy assumes that human beings are motivated by something as simple as it is powerful: the sympathy we feel for our fellow human beings. Thus, morality implies correctness, understood as conformity between feelings or behaviors and their causes. Smith illustrates this by starting with the duality of self-love and compassion. He recognizes that individuals derive pleasure not only from themselves but also from participating in experiences shared with others. Finally, the work analyzes the principles through which we judge the behavior of others through sympathy and our own behavior through the figure of the impartial spectator.

Keywords: Empathy/ Sympathy/ Benevolence/ Self-esteem/ Compassion/ Impartial Observer.

INTRODUCCIÓN

La historia del pensamiento moral y económico es un amplio, diverso y variopinto crisol de autores que nos han permitido comprender y ordenar el cosmos social. Mientras que algunos son mencionados esporádicamente en obras especializadas y otros gozan de más crédito y notoriedad en manuales y libros de texto, existe un selecto grupo cuyas aportaciones constituyen verdaderas rupturas epistemológicas, arraigándose en el imaginario del común de la gente. En este último y selecto grupo, sobresale con especial claridad la figura de Adam Smith. Su hegemonía intelectual perdura hasta nuestros tiempos, dado el significativo impacto de su pensamiento económico en el plano político y social.

Es un lugar común el que se le considere a este pensador como uno de los padres fundadores de la economía política, pilar doctrinal del liberalismo, ideólogo del capitalismo, defensor del *Laissez Faire*, preceptor de la sociedad occidental moderna e ilustrada y hasta el Newton de las ciencias sociales, apelativos que, aunque merecidos, omiten una parte importante cuando se aprecia la totalidad, la riqueza y la diversidad de la obra de dicho autor.

Históricamente, se ha otorgado una preeminencia tremenda al Smith economista, autor de *La riqueza de las naciones*, relegando su faceta como moralista. Esta omisión resulta crítica: cada parte de su andamiaje teórico es inseparable de la otra. Fraccionar su obra o admirar solo una porción de ella impide comprender la envergadura y el valor de sus aportes para la comprensión de los fenómenos humanos: sin su filosofía moral, el resto de su sistema de pensamiento resulta del todo incompleto e incomprensible, es como tratar de entender el cuerpo humano omitiendo la existencia del cerebro, el corazón y el resto de los órganos o bien como mirar un atardecer sin percibir el sol y el cielo.

Sin duda alguna, la faceta del Smith economista ocupa un lugar relevante en toda su obra; no obstante, no es la única ni la más excelsa. Esta omisión ha propiciado una imagen sesgada del autor. Relegar una parte tan esencial de su obra implica desechar las sólidas y valiosas ganancias para comprender la profundidad de los problemas humanos. A través de todos sus escritos, Smith procuró desentrañar el funcionamiento de la realidad social con la firme intención de incidir sobre ella. Su propósito era promover los cambios necesarios para alcanzar la "felicidad humana", así como el bienestar y la prosperidad de las naciones. Lejos de limitarse a la economía, operó como filósofo-psicólogo-historiador-sociólogo, un pensador integral cuya visión del mundo articulaba las motivaciones humanas y los mecanismos económicos como expre-

siones del plan del gran arquitecto y director de la naturaleza. En la actualidad, de manera consciente o tácita, las sociedades contemporáneas siguen bajo su soberanía intelectual, por lo que el estudio integral de su obra resulta tremendamente relevante y útil para descifrar nuestro tiempo presente.

Las páginas siguientes son el resultado del estudio del sistema intelectual, filosófico y ético de Adam Smith, plasmado principalmente en la obra que lo consagró en su tiempo: *La teoría de los sentimientos morales*. Resulta relevante entender que no puede haber ciencia de lo económico sin un componente metafísico, entendido como la confianza en la existencia de un orden en la naturaleza; revelarlo constituye el propósito de la razón científica, pese a sus ineludibles límites. De este modo, podemos advertir que la sociedad no es un resultado aleatorio y casual, sino el resultado de un conjunto de prácticas y relaciones recurrentes. Comprender verdaderamente al ser humano exige ir más allá de lo estrictamente económico e incluir en el análisis cómo los individuos se vinculan en otros planos. Después de todo, como argumenta el propio Smith, el intercambio de mercado sería imposible sin las facultades discursivas y el lenguaje, condiciones previas para cualquier coordinación de intereses y acuerdos. En definitiva, toda interacción económica presupone una comprensión entre individuos, pues quienes participan en un mercado comparten ideas, sentimientos y valoraciones. La economía es, en realidad, un subconjunto de las prácticas sociales que requiere un marco motivacional e institucional mucho más amplio.

Siguiendo el espíritu integrador del propio pensador, el trabajo que se presenta a continuación contempla sus contribuciones fundamentales a la filosofía moral y su vínculo inexorable con el plano económico, delineando una concepción vital en la historia de las ideas. Sin más tiempo que perder, adentrémonos entonces en el fascinante y prolífico mundo de este pensador.

EL PENSAMIENTO MORAL DE ADAM SMITH

El pensamiento moral de Adam Smith quedó plasmado en su obra, *La teoría de los sentimientos morales*, publicada por primera vez en 1759, su libro más querido además de ser el que lo catapultó a la fama en su época. El autor revisó y amplió este tratado a lo largo de toda su vida, estructurándolo finalmente en siete partes para su sexta edición, la cual logró publicar poco tiempo antes de su muerte. El objetivo central de la obra radica en deducir el origen tanto de la acción humana como de los juicios y las valoraciones morales.

Existe la falsa creencia de que Smith es el ideólogo del neoliberalismo extremo y del capitalismo "salvaje"; el defensor de un mercado sin Estado, sin ley ni justicia, sin valores éticos, exclusivo y dirigido exclusivamente por el puro egoísmo. Esta grave y errónea opinión habría resultado incomprensible para el propio autor, quien se caracterizó por ser un profundo estudioso de los problemas morales y un seguidor del estoicismo, dedicando gran parte de su obra a tratar de determinar cuál debe ser la forma correcta de proceder entre las personas con el fin de garantizar la "felicidad humana", así como también el mayor bienestar y prosperidad para las naciones.

Se puede decir que la filosofía moral nace con Sócrates, aunque varios de los presocráticos y los mismos sofistas se habían planteado problemas semejantes: la felicidad del individuo. Pero, ¿qué es realmente la felicidad? Las respuestas son variadas. Históricamente se destacan dos grandes corrientes que pretenden explicarla: *la eudemónica*, que la identifica con la virtud, y *la hedonista*, que la asocia al placer. A esto se suman perspectivas deontológicas posteriores como Kant y su imperativo categórico.

Contrario a lo que muchos esperarían, la metodología de Adam Smith no parte de un individuo aislado a la manera de Robinson Crusoe. De hecho, utilizar a Crusoe como una apología del individualismo extremo es una equivocación, pues el personaje simboliza más bien la figura del típico europeo culto que llega a tierras salvajes a imponer su "civilización". En oposición a estos malentendidos, Smith concibe a un sujeto que se construye por su relación con la sociedad y sus prácticas en un mundo que le es invisible y en el que es arrojado, pero que habita como algo que le es familiar y, por lo tanto, es referencia de todo y al mismo tiempo, espejo de su comportamiento.

En un escenario hipotético, un ser humano separado de todo contacto social desde su nacimiento hasta la madurez, pudiéramos concluir, primero, que lo más probable es que no sobreviva; segundo, que no tendría un lenguaje con que pensarse a sí mismo, puesto que éste proviene del vínculo que establecemos con los demás y muchísimo menos noción alguna de lo bello o de lo moralmente apropiado o inapropiado. Todas estas nociones se cimientan en las relaciones que cada sujeto establece con los otros. No se trata de solo un proceso cognitivo y abstracto, al mejor estilo de Descartes, sino de una experiencia vital en la que el mundo se revela a cada instante, permitiendo al individuo erigir su espacio existencial y afectivo.

Si fuera posible que una criatura humana pudiese desarrollarse hasta la edad adulta en un paraje aislado, sin comunicación alguna con otros de su especie, le sería tan imposible pensar en su propia personalidad, en la corrección o demérito de sus sentimientos y su conducta, en la belleza o deformidad de su mente, como en la belleza o deformidad de su rostro. Todos ellos son objetos que no es fácil que vea, que naturalmente no observa, y con respecto a los cuales carece de un espejo que los exhiba ante sus ojos. Pero al entrar en sociedad, inmediatamente es provisto del espejo que antes les faltaba. (Smith, 1978, p. 222)

En términos generales, Adam Smith busca comprender a esa extraña criatura que llamamos *hombre* y analiza los principios a través de los cuales los individuos juzgan la conducta, primero la del prójimo y luego la propia. En este proceso, los sentimientos en conjunto con la razón son la base fundamental del criterio de valoración. Smith señala que, a la hora de valorar una acción o un padecimiento, establecemos mentalmente una correspondencia tanto con la causa que lo suscita como con el fin que persigue.

Este pensador no inicia su teoría moral formulando normas abstractas y *a priori* del bien y del mal, como la haría una religión, sino que recalca cómo se construyen socialmente las nociones de lo propio o lo impropio. De esta manera, nuestras nociones morales son entonces modeladas por la sociedad. Remitir la norma moral a los sentimientos implica no subordinarla a un Dios, una doctrina, un catecismo, una iglesia, una opinión o a una entidad exterior al sujeto que emite los juicios, es decir, a ninguna autoridad externa en el terreno moral. Por el contrario, significa situar la ética en la cotidianidad. Esta remisión a los sentimientos sitúa el problema moral dentro del paradigma que construyó la cultura moderna: el ámbito del sujeto y su relación con la sociedad en que habita. Este proceso ya había sido esbozado por Descartes al trasladar los criterios de verdad, de claridad y distinción al plano del pensar subjetivo.

Consecuentemente, la moral planteada por Smith descarta toda grandeza en cuanto a la motivación de nuestra conducta, y considera que no estamos movidos por un ideal o un sentimiento elevadísimo, sino por algo tan simple, pero al mismo tiempo tan vigoroso, como la simpatía que sentimos por nuestros semejantes. Sentimos compasión por los demás porque los seres humanos nos parecemos unos a otros, si vemos a alguien reír, sentimos alegría análoga, si vemos a alguien llorar, sentimos vacío y angustia. Estamos hechos para padecernos unos a otros, un rasgo de utilidad, por ello, la moral para Smith no es un mecanismo sublime que nos enaltece a planos elevados y abstractos, sino que es el reconocimiento de necesidades comu-

nes que solo pueden ser satisfechas viviendo en compañía de los demás y recibiendo su cooperación.

En contraste, para Smith los seres humanos son moralmente autónomos; la moral no es heteronomía sino autonomía o soberanía. En este sentido, hay un rebajamiento de las exaltaciones éticas a un plano asociado a lo cotidiano y a lo práctico. La moral sugerida por este pensador no se basa estrictamente en una razón abstracta despegada del mundo, sino en la compasión y el amor propio. No se trata de una ética esencialista que parta de principios racionales absolutos, sino de una ética convencionalista que parte de cualidades agradables a todos, siendo la principal de estas cualidades: la simpatía.

El fondo de la acción social es explicado por la simpatía que fundamenta nuestros juicios morales para determinar lo que es correcto o incorrecto, e incluso determina la condición política del hombre. El autor, como buen escocés, le otorga toda su confianza a la experiencia y la inducción como vehículos metodológicos. A partir de estos, se forman las reglas generales de la moral y se basan en la experiencia de lo que en casos particulares aprueban o desaprueban nuestras facultades éticas, nuestro sentido del mérito y la corrección.

En cuanto a la naturaleza del hombre, la obra describe que esta es determinada por el tipo de conexión o relación que establecemos con los demás. Smith señala que el hombre no solo posee una naturaleza egoísta sino también compasiva, ya que existen elementos en ella que hacen necesaria la felicidad de los demás, aunque de ello nada obtenga. El individuo, además de precisar compartir la alegría de sus congéneres, padece por el sufrimiento ajeno y de allí surge la compasión, sentimiento que no debemos confundir con la limosna y la dádiva.

El pensamiento moral de la época se debatía ante una visión dual y antagónica de la naturaleza humana, expresada en el binomio egoísmo-compasión. Aunque a simple vista estos pudieran parecer elementos superficiales, en la filosofía de Smith son elementos originarios de la naturaleza humana, no obstante, más que sentimientos de los cuales partimos como un dato indefectible, son relaciones que determinan el tipo de vínculo que establecemos con los demás.

Esta dinámica queda ilustrada en el primer párrafo de *La teoría de los sentimientos morales*, que condensa una de las ideas más importantes del libro.

Por más egoísta que quiera suponerse al hombre, evidentemente hay algunos elementos en su naturaleza que lo hacen interesarse en la suerte de los otros de tal modo que la felicidad de éstos le es necesaria, aunque de ello nada obtenga, a no ser el placer de presenciarla. De esta naturaleza es la lástima o compasión, emoción que experimentamos ante la miseria ajena, ya sea cuando la vemos o cuando se nos obliga a imaginarla de modo particularmente vívido. (Smith, 1978, p. 32)

El autor nos indica en este primer párrafo que el egoísmo, según suposiciones, parece ser el comportamiento humano más recurrente, sin embargo, hay ciertas y muy significativas manifestaciones en la naturaleza de los hombres que rotundamente desmienten ese postulado, dado que existe otra tendencia de la misma importancia, que es la compasión, la cual nos hace sentir que la felicidad y el bienestar de los otros nos resulten necesarios, aunque no derivemos de ello nada más que el goce de contemplarlo.

Resulta interesante que el análisis del problema moral se inicie con una oposición o aparente dicotomía entre egoísmo y compasión presentes en la naturaleza humana. Asimismo, queda claro que los sentimientos en el planteamiento teórico del autor tienen una preeminencia tremenda sobre todo cuando tratamos de explicar la forma como se construyen los vínculos sociales. Los sentimientos no se circunscriben al plano individual, en vista de que en la sociedad existen sentimientos y valoraciones compartidos que armonizan y hacen posibles las relaciones entre los individuos.

La capacidad que tienen los seres humanos de padecer con el dolor de otra persona, a diferencia del resto de los animales, no se limita exclusivamente a sujetos excepcionales y sensibles. Según Smith, es un hecho tan obvio que no demanda ser corroborado, ya que hasta el más vil, ruin y desalmado de los seres es capaz de experimentarlo, con lo cual se crea un profundo nexo con las experiencias ajenas, casi de carácter instintivo, como una suerte de emotivismo moral espontáneo. Se trata de un sentimiento del cual no carece ni el criminal más despiadado ni el mayor infractor de las leyes de la sociedad. Bajo esta premisa, estudiaremos entonces el concepto de empatía para desentrañar cómo se tejen estos vínculos intersubjetivos.

Para comprender cómo se crea una conexión con los demás, Adam Smith se topa inmediatamente con una primera dificultad: la imposibilidad de tener la experiencia inmediata de lo que otros hombres sienten, ya que es imposible reproducir con total exactitud el padecimiento ajeno. Por esta razón, solo es

vable concebir lo que nosotros sentiríamos en una situación similar, representándonos las propias sensaciones en el caso de encontrarnos en la circunstancia de otra persona.

Como carecemos de la experiencia inmediata de lo que sienten las otras personas, no podemos hacernos ninguna idea de la manera en que se ven afectadas, salvo que pensemos cómo nos sentiríamos nosotros en su misma situación. (Smith, 1978, p. 49)

Llegados a este punto, resulta imperativo introducir el esencial concepto de *empatía*. Etimológicamente derivado del griego *εμπαθεια* (compuesto por *εν* -dentro o en el interior de- y *πάθος* -pasión o padecimiento-),¹ el término significa literalmente "sentir dentro", o ponerse en el lugar del otro. Se define como la capacidad de percibir, entender e introyectar la emoción ajena, independientemente de compartir su visión. La empatía es entrar en la emocionalidad del otro, entendiendo el *pathos* como aquello que se padece en el sentido propio de ser pasivo. En el libro de Smith podemos apreciar una descripción del comportamiento empático, más no de la palabra empatía como tal, no obstante, es importante destacar la idea para luego precisar el concepto de *simpatía* que la presupone.

Puesto que resulta imposible experimentar con exactitud el sufrimiento del otro, por muy estrecho que sea el vínculo, nos vemos obligados a recurrir a una facultad exclusiva del ser humano: la imaginación. Es esta capacidad la que nos permite reproducir los padecimientos ajenos al proyectarnos hacia el lugar de la persona afectada, trascendiendo nuestra propia perspectiva para aproximarnos a sus sensaciones. De este modo, interiorizamos las preocupaciones de los otros hasta fundirnos, en cierta medida, en una misma entidad afectiva.

Veamos en las palabras del propio Smith los planteamientos antes señalados:

Nuestra imaginación tan solo reproduce las impresiones de nuestros propios sentidos, no las ajenas. Por medio de la imaginación, nos ponemos en el lugar del otro, concebimos estar sufriendo los mismos tormentos, entramos, como quien dice, en su cuerpo, y, en cierta medida, nos convertimos en una misma persona, de allí nos formamos una idea de sus sensaciones, y aun sentimos algo que, si bien en menor grado, no es del todo desemejante a ellas. Su angustia incorporada así en nosotros, adoptada y hecha nuestra, comienza por fin a afectarnos, y entonces temblamos y nos estremecemos con solo pensar en lo que

¹ Empatía que en inglés es Empathy, viene del griego *εμπαθεια*: *ἐν-εν* gr. 'en' + *path(o)-πάθος* gr. 'padecimiento', 'sentimiento' + *-e-ia* gr.)

está sintiendo. Porque, así como estar sufriendo un dolor o una pena cualquiera provoca la más excesiva desazón, del mismo modo concebir o imaginar que estamos en el caso, provoca en cierto grado la misma emoción...tal es el origen de nuestra condolencia, por la desventura ajena; que el ponerse imaginativamente en el lugar del paciente sea la manera en que llegamos a concebir, o bien a resultar afectados, por lo que él siente. (Smith, 1978, p. 32)

Considerando que la experiencia del padecimiento ajeno es intransferible, la contemplación del dolor del otro debe procesarse mentalmente mediante facultades cognitivas, lingüísticas, comunicativas y de mediación y medición. Para lograrlo, el individuo recurre a un acervo de experiencias previas almacenadas en la memoria, semejantes aunque no idénticas, que le permiten ponerse imaginariamente en el lugar del afectado. La facultad de imaginar da como resultado la representación de la aflicción ajena. Esto requiere una materia prima, pues la imaginación necesita un contenido previo para actuar. Así, acumulamos en nuestra mente una suerte de "disco duro" de recuerdos, pasiones, sensaciones y padecimientos, a los cuales llamamos cuando requerimos de la información para ponernos en el lugar de esa segunda persona, reproduciendo el sufrimiento de ésta sin necesidad de un correlato exacto, sino mediante paralelismos, comparaciones, analogías y mediciones. Revivimos esos recuerdos, incluso físicamente, para llevar a cabo los procesos de extrapolación, representación y proyección, y aunque no podamos sentir exactamente lo mismo, imaginamos estar en una situación similar.

Al interiorizar la información del mundo exterior, vamos construyendo un vínculo con los demás. Para demostrarlo, Smith recurre a ejemplos cotidianos que revelan nuestro sentido de condolencia más inmediato y espontáneo. Esto ocurre, por ejemplo, cuando la muchedumbre observa al volatinero sobre la cuerda floja e instintivamente contorsiona, gira y balancea su cuerpo tal como ven que el equilibrista lo hace; también, cuando advertimos que un espadazo está a punto de caer sobre la pierna de otra persona e instintivamente encogemos y retiramos la nuestra; de la misma manera, cuando contemplamos las llagas y úlceras que exhiben los mendigos en las calles, en seguida sentimos comezón, incomodidad e inquietud; e incluso cuando percibimos de frente un ojo enfermo o muy irritado con frecuencia se irritan y lloran los nuestros. Todas estas son formas evidentes de mostrar la estrecha, natural y casi instintiva conexión que tenemos con los demás y que se deriva en ese sentido de condolencia antes descrito.

Cualquiera sea la pasión que proceda de un objeto, en la persona primariamente inquietada, brota una emoción análoga en el pecho de todo atento espectador con solo pensar en la situación de aquéllas...En todas las pasiones de que el alma humana es susceptible, las emociones del espectador corresponden siempre a lo que, haciendo suyo el caso, se imagina serían los efectos del que las sufre. (Smith, 1978, p. 35)

Por lo tanto, al sentir condolencia por otra persona, el individuo no evalúa cómo se sentiría él mismo en dichas circunstancias, sino cómo se sentiría si realmente fuese el otro sujeto, lo cual solo es posible mediante la facultad de la imaginación. Esta capacidad permite relacionar los datos del mundo exterior, siempre nuevos, con aquellas sensaciones y sentimientos que albergamos en nuestra mente. Este acervo contiene también sufrimientos físicos y psicológicos, angustias, pasiones, alegrías y todo el conjunto de afecciones del alma, como las llamaba Descartes.

La facultad de la imaginación es aquella que, a través de la memoria, vincula el sujeto consigo mismo, pero al mismo tiempo, le permite transformar todos los eventos interiores y exteriores en un contenido cognitivo, que luego, por analogía con los propios, le permite referirlos a nuevos eventos ocurridos a otros sujetos. "Sentir dentro" implica examinar y concientizar en uno mismo lo que el otro siente o padece, sin haberlo experimentado directamente. Incluso si la persona afectada es alguien muy cercano, como tu propio hermano, por ejemplo, siendo sometido a la cruel tortura medieval del potro², nuestros sentidos son incapaces de transmitirnos la medida exacta de su dolor; sin embargo, la imaginación no asiste al representarnos cuáles serían nuestras aflicciones en su lugar. Al adentrarnos en su interior, nos sumergimos en cierta medida con él, forjándonos una idea de sus dolores e incluso llegando a experimentar algo semejante, aunque siempre con una intensidad mucho menor.

Es preciso aclarar que no solo las situaciones de sufrimiento nos permiten compartir sentimientos con el resto de nuestros semejantes; la felicidad y la alegría también activan nuestro sentido de condolencia. Empatizar supone adentrarse en la emocionalidad ajena, entendiendo el *pathos* como aquello que se padece desde el ser pasivo. Las pasiones, por definición, son de todo tipo, pero se denominan así precisamente porque se imponen a la voluntad,

² El potro como instrumento de tortura funcionaba atando a una persona desde sus extremidades y colocándola sobre una tabla, luego se jalaban unas poleas para tensar el cuerpo de la víctima en direcciones opuestas y a medida que se iban estirando, las extremidades se iban separando de una manera muy dolorosa del tronco. Esto llevaba a la dislocación de los huesos y el desmembramiento de brazos y piernas, lo cual generaba un sufrimiento insoportable.

obligando a padecerlas. Como ejemplo, Smith cita el regocijo que nos embarga cuando nuestros héroes favoritos en las novelas se salvan, un afecto que brota con la misma naturalidad que la compasión ante su desgracia. Por consiguiente, el autor sostiene que toda pasión susceptible de habitar el alma humana encuentra su correspondencia cuando, al ponernos en lugar del otro, imaginamos los sentimientos que embargan al afectado.

En esta misma línea, Hume, amigo entrañable de Smith, lo expuso claramente en su *Tratado de la naturaleza humana*:

La costumbre y la relación, familiar o amistosa, nos hacen participar profundamente de los sentimientos de otras personas, y sea cual sea la suerte que les acompañe, la tendremos presente gracias a la imaginación, actuando sobre nosotros como si originariamente se tratara de nuestra propia suerte.

Este razonamiento sugiere que la empatía tiene un sentido originario, en tanto que es el punto de partida para construir los nexos con los demás como si los seres humanos estuviéramos esencialmente aislados. No obstante, Smith pareciera obviar que previa a la empatía, los hombres ya han compartido todo un conjunto de prácticas comunes, un convivir cotidiano, que indefectiblemente los vinculan y les permiten constituirse en cuanto seres sociales, prácticas que van desde los gestos que imitamos de las personas que están a nuestro alrededor, la formación de un lenguaje corporal y verbal, la adopción de máximas morales, hasta simples nociones de cómo movernos en un espacio y relacionarnos con los objetos que están a nuestro alrededor, sin los cuales estaríamos imposibilitados de considerarnos ni siquiera humanos y ser inteligibles a nosotros mismos. Comparecemos unos con otros continuamente en actividades básicas ligadas a nuestro ser, que van desde la comunicación, la cultura, el trabajo, la subsistencia y, en general, la satisfacción de necesidades de toda clase.

Asimismo, resulta paradójico que la noción de empatía presuponga la existencia de sujetos completamente desvinculados, exigiendo el esfuerzo imaginativo de abandonar el propio centro para ocupar el lugar del afectado. Esta dinámica implica concebir al sujeto como un ente atomizado y estructuralmente aislado. No obstante, estamos indefectiblemente unidos en un mundo de creencias, prácticas y valores compartidos que nos definen como seres humanos y que, una vez separados, es mucho más difícil volver a unificar, resultando casi imposible un auténtico conocimiento mutuo y un profundo compartir. Así, el sistema moral de Smith pretende distanciar aquello que fenomenológicamente nace unido, para luego pretender volver a unificarlo

(a través de mecanismos como la empatía) obteniendo resultados muy poco satisfactorios, al partir de la premisa de que la percepción de todo padecimiento ajeno es algo intransferible y, por lo tanto, imprecisa, débil, lejana, tenue, borrosa e inexacta.

La empatía no es la facultad que nos abre a la alteridad; ya estamos abiertos a ella, pues resulta insostenible asumir que cada uno es una suerte de isla desierta. No es la empatía la que posibilita el “co-estar” con los demás desde una carencia, por el contrario, solo es viable sobre la base preexistente de que siempre habitamos en el otro en un mundo compartido. La función de la empatía no radica en inaugurar la conexión social, sino que, al ser seres en el mundo (que habitan entre entes intramundanos), compartimos un horizonte común que es, precisamente, lo que nos hace humanos inteligibles.

Plantear el problema moral asumiendo la existencia de un “otro”, completamente diferente y ajeno, genera metodológicamente serios inconvenientes porque supone una separación que luego es muy difícil de subsanar: si definimos al otro por nuestra incapacidad para contactarlo, partimos de la imposibilidad del vínculo. En consecuencia, el otro queda exiliado y su exclusión se naturaliza como una condición originaria.

Si asumiéramos que no existe un “otro”, inalcanzable *a priori*, el dilema moral ni siquiera se plantearía en estos términos. Al dar por sentada esta desconexión original, pensadores como Adam Smith se ven obligados a recurrir a mecanismos rebuscados e imperfectos, tales como la empatía, para tratar de untar con pegamento un vínculo que debería ser natural, automático y espontáneo, y no forzado, artificioso, imperfecto e impuesto. Esta concepción del sujeto aislado reduce al hombre a un simple número, a una estadística más, quedando inmerso en una masa amorfa, indiferenciada y contable, cuya exclusiva relevancia se circunscribe a sumar un voto extra en el ámbito político o un consumidor en las lógicas del mercado y la mercadotecnia.

Para dilucidar en qué medida la empatía posibilita la conexión social, es necesario recorrer el camino completo, a saber, vincular el sentimiento que suscita la contemplación del dolor ajeno con una auténtica relación intersubjetiva, que no sea solamente la del puro sentir del distante sujeto espectador. De no ser así, la conexión quedaría reducida al mero sentir de un espectador distante, semejante a la posición solipsista de George Berkeley. Únicamente al introyectar internamente lo que el otro padece, se puede comenzar a concebir una relación social verdaderamente humana, de tal manera que no aparezca como aleatoria, imperfecta o puramente subjetiva. Esta dinámica constituye la antesala directa al concepto de “simpatía” que introduciremos a continuación.

La acción no mencionada de empatizar trae como consecuencia la simpatía, dado nuestro común interés por cualquier pasión humana. Una vez que nos hemos puesto en el lugar del otro (empatía), logramos acompañarlo en su padecimiento. Las pasiones se trasfunden de un hombre a otro y brotan en nuestro pecho, siempre en función de aquello que motivó la aflicción o el regocijo original. Al internalizar el sentimiento ajeno, nuestra primera inquietud se dirige hacia su causa motora. Por consiguiente, la simpatía no emana de la simple contemplación de la pasión, sino de la consideración de las razones que la produjeron. Al respecto Smith (1978) p. 37 dice: "La simpatía no surge tanto de contemplar a la pasión, como de la situación que la mueve a ésta."

La simpatía denota nuestra compañía en el sentimiento ante cualquier pasión. Etimológicamente, simpatía viene del griego *συμπάθεια*, *sūmpatheia*³, palabra que se descompone de la siguiente manera: *σύν* (junto con) y *πάθος* (padecimiento). Significa "sentir junto con" o "sentir al tiempo". Se define como una respuesta emocional de comprensión y ayuda ante la situación ajena, la cual exige correspondencia y reciprocidad. También se puede entender como una comunidad de sentimientos o un padecer conjunto. Nos introducimos imaginariamente en el cuerpo de la persona afectada y llegamos a ser una misma persona con ella, sintiendo algo parecido a lo que le aqueja, aunque de manera imperfecta. Puesto que el dolor original pertenece a otro, nuestras sensaciones operan como un reflejo del sufrimiento ajeno, anclado en las causas que lo motivan.

A partir de esta correspondencia se va construyendo el complejo tejido social, que no surgirá de forma completamente aleatoria ni subjetiva sino en función de razones y sentimientos compartidos a través de los cuales se erigen las relaciones y las prácticas entre los individuos que terminan conformando una visión del mundo. Este vínculo supone un cambio de posiciones complejo porque contiene tanto elementos afectivos como cognitivos que impactan la toma de decisiones: en última instancia, el individuo se verá afectado por el bienestar ajeno, más aún si tiene una relación cercana con el otro.

Cabe destacar que la simpatía no consiste en un simple contagio o transferencia emocional, sino en una traslación consciente hacia la situación del otro. En este sentido, opera como el requisito previo de la simpatía. Para poder sentir junto al otro, primero es necesario ocupar su lugar, sintiendo dentro de

³ Simpatía que en inglés es Sympathy, proviene del griego *sūmpatheia*: *συμπάθεια* (*σύν* σύν gr. 'con', 'unión' + *path(o)*- *πάθος* gr. 'padecimiento', 'sentimiento' + -e-ia gr.)

este. De este modo, Smith concluye que la empatía es de naturaleza instintiva, primaria y espontánea, mientras que la simpatía presupondría un proceso de reflexión, mediación y medición, razón por la cual sería derivada y racional. El acto de la valoración moral se construye entonces a través de un sentimiento que la razón procesa e interpreta.

En la adecuación o inadecuación, en la proporción o desproporción que el sentimiento mantenga en relación a la causa u objeto que lo mueve, es en donde podemos encontrar la propiedad o impropiedad de la acción ajena; así como en la naturaleza nociva o beneficiosa de los efectos que la acción genera, es donde hallamos el mérito o demérito de la misma, y así al final, la posibilidad de ser acreedora de premio o castigo, reconocimiento o rechazo. Por consiguiente, tal como señalábamos con anterioridad, la valoración moral se configura gracias a un sentimiento dilucidado por la razón; un proceso analítico que estima si las causas y los fines guardan correspondencia con la manifestación afectiva expresada por otro ser humano.

El sentimiento o afecto cordial del que procede toda acción y del que toda virtud o vicio debe depender, en definitiva, puede ser considerado bajo dos aspectos diversos, o en una doble relación: primero, en relación con las causas que lo provocan o el motivo que lo ocasiona, y segundo, en relación con el fin que se propone o el efecto que tiende a producir. (Smith, 1978, p. 51)

En ocasiones sentimos hacia otro ser humano un sentimiento del que él mismo se encuentra imposibilitado, porque cuando nos ponemos en su lugar esa pasión fluye en nuestro pecho gracias a la imaginación, aunque no lo haga en el suyo. Smith coloca como ejemplos de ello: la pena que sentimos ante el gesto vulgar de otra persona, aún cuando esta misma no pueda siquiera detectarlo; la pérdida de la razón padecida por un individuo que es obviamente inconsciente de su desventura, por quien podemos sentir la mayor de las condolencias sin que este sea capaz de comprenderlo; otro ejemplo, es el de la madre que sufre por la enfermedad de su hijo sin que el pequeño pueda siquiera percibirlo; incluso utiliza el ejemplo de la simpatía que podemos sentir por los muertos quienes por su condición de eterno descanso evidentemente no pueden ser conscientes de su propio estado, lo que además imposibilita que podamos proporcionarle consuelo alguno y acompañarlos en su padecer.

La simpatía termina convirtiéndose en un mecanismo de aprobación o desaprobación moral y, cuando se da, se establece un estrecho vínculo afectivo, una comunidad de sentimientos y un "sentir junto con". En tanto que las

pasiones de una persona están en armonía perfecta con las emociones del espectador, éste último las considerará justas y adecuadas a su objeto, mientras que cuando no coinciden con sus sentimientos personales, necesariamente, las considerará impropias e inadecuadas a los motivos que las mueven, razón por la cual conceder nuestra aprobación supone que simpatizamos con las pasiones ajenas y desaprobarnos equivale a advertir que no simpatizamos con ellas, por lo tanto, los sentimientos propios terminan siendo la norma y la medida con que se juzga a los demás.

Si al ponernos en el caso del otro descubrimos que los sentimientos a que da ocasión coinciden y concuerdan con los nuestros, necesariamente los aprobamos como proporcionados y adecuados a sus objetos; pero, de no ser así, necesariamente los desaprobamos como extravagantes y fuera de toda proporción. Cada facultad de un hombre es la medida por la que juzga de la misma facultad en otro. Yo juzgo de tu vista por mi vista, de tu oído por mi oído, de tu razón por mi razón, de tu resentimiento por mi resentimiento, de tu amor por mi amor. No tengo ni puedo tener otra forma de juzgarlos. (Smith, 1978, p. 65)

Este mecanismo pone en evidencia las limitaciones que como individuos tenemos para hacer juicios morales objetivos, en vista que todo se encuentra supeditado a los valores y sentimientos propios, aprendidos a través de un proceso educativo o de normalización que se inicia en el hogar, la familia, pasa por el colegio y se fortalece mediante los medios de comunicación así como en las prácticas cotidianas que van estructurando al sujeto en cuanto tal, todo lo cual está circunscrito a los unidades culturales que prevalecen en un tiempo histórico y hasta en un espacio geográfico determinado.

De esta manera, la diversidad de contextos históricos y geográficos impide que las nociones de lo reprobable o lo laudable sean uniformes. A modo de ejemplo, un grado de extrema cortesía puede interpretarse como una grosería en la corte francesa en el tiempo de Smith, mientras que en Rusia sería apreciado como un modo de correcta adulación, aunque afeminada. Por lo tanto, la posibilidad de alcanzar una imparcialidad absoluta en los juicios éticos debe descartarse *a priori*. Esto, sin embargo, amenazaría con precipitarnos hacia un peligroso subjetivismo moral y hasta un completo nihilismo, imposibilitando la armoniosa convivencia social. Para evitar esta fractura, resultan indispensables las normas morales comunes y homogéneas que, tal como lo plantea Smith en su obra, se van conformando gracias a la experiencia, la costumbre y el hábito.

Cuando las pasiones originales de la persona principalmente afectada están en perfecta consonancia con las emociones simpatizadoras del espectador, necesariamente le parecen a este último justas y apropiadas, y en armonía con sus objetos respectivos; en cambio, cuando se comprueba, poniéndose en el caso, que no coinciden con lo que siente, entonces necesariamente le parecerán injustas e inapropiadas, y además en contradicción con las causas que las motivan. (Smith, 1978, p. 61)

Resulta pertinente añadir que la simpatía no opera únicamente como un mecanismo de aprobación de los juicios y los sentimientos ajenos a partir de los propios. El proceso reviste mayor complejidad al incorporar la variable de la intensidad afectiva. Es decir, podemos aprobar moralmente una acción determinada, pero no necesariamente en el grado exacto en que la expresa la persona afectada. Esta discrepancia en la magnitud del sentimiento permite deducir el origen de la incomprensión humana y de los innumerables conflictos sociales que de ella se derivan.

Si mi animosidad va más allá de la correspondiente con la indignación de mi amigo; si mi aflicción excede lo que puede acompañar su más tierna compasión; si mi admiración es demasiado grande o demasiado pequeña con respecto a la suya; si yo río a carcajadas y dando grandes voces cuando él apenas sonríe o, por el contrario, yo solo esbozo una sonrisa cuando él ríe ruidosamente; en todos estos casos, tan pronto como él pase de considerar el objeto a observar cómo me afecta, en la medida que haya una desproporción mayor o menor entre sus sentimientos y los míos, debo incurrir en mayor o menor medida en su reprobación: y en todas las circunstancias sus sentimientos son el patrón y medida a través de los cuales juzga los míos. (Smith, 1978, p. 62)

La reciprocidad de los sentimientos ajenos con los nuestros, en la misma intensidad y por causas compartidas, constituye una fuente de placer y felicidad, mientras que su ausencia genera dolor y sufrimiento. Por consiguiente, la alegría derivada de esta correspondencia al simpatizar es lo que engendra bienestar. Esto sugiere que la simpatía opera como una forma de relación, pero no necesariamente como un contenido afectivo en sí misma (el júbilo y la tristeza sí lo son). Es gracias a esta reciprocidad que logramos compartir nuestros afectos y llegamos a simpatizar. De esta manera, la relación de simpatía canaliza sentimientos, pero no parece ser propiamente un sentimiento como tal; más bien, es la matriz a través de la cual estos se materializan. Tal vez sea por esa razón por la que simpatizar quiere decir "sentir junto con" y eso implica que mediante la simpatía se comparten sentimientos.

Por otra parte, resultaría erróneo concebir la simpatía como un principio egoísta. Podría suponerse que, al condolernos del dolor ajeno, la emoción se funda en el amor propio, surgiendo del intento de concebir cómo nos sentiríamos en esas mismas circunstancias. Sin embargo, aunque la simpatía nace de un cambio imaginario de cuerpos y contextos con el afectado, no se supone que dicho infortunio nos acontezca a nosotros, con nuestro propio carácter y entorno, sino estrictamente a la persona con quien simpatizamos.

Por ende, es inadecuado e incorrecto considerar que la simpatía es un principio egoísta, pues no responde a un padecimiento centrado en el yo, sino en el otro, razón por la cual se puede afirmar que es un mecanismo a través del cual se crea una relación o conexión con los padecimientos de otros. La simpatía termina convirtiéndose en un mecanismo que saca al individuo de esa suerte de auto-centramiento, característico por darle más importancia a sí mismo que a los demás, dejando de lado la preeminencia que se tiene por el yo, al fijar los pensamientos y sentimientos en el otro.

Quando me conduelo de la muerte de tu hijo, no considero, a fin de poder compartir tu aflicción, lo que yo, persona determinada por mi carácter y profesión, sufriría si tuviese un hijo, sino que considero lo que sufriría si en verdad yo fuera tú, y no solamente cambio contigo de circunstancias, sino de personas y sujetos. Mi aflicción, pues, es enteramente por tu causa y en absoluto por la mía, por lo tanto, la simpatía no es en nada egoísta. (Smith, 1978, p. 538)

Podemos afirmar con certeza que nos satisfacen los sentimientos altruistas del prójimo hacia los nuestros. Del mismo modo, el agrado y el desagrado no derivan del egoísmo, sino de la estructura de la razón que origina la simpatía, cuyo contenido es el sentimiento ajeno en relación con el nuestro. En efecto, la simpatía consiste en captar al otro del mismo modo como nos captamos nosotros mismos, es decir, "re-conocer" al otro conociéndose a sí mismo, asumiendo al otro como sujeto y no como objeto, como un fin y no como un medio. De hecho, la persona humana no es más que un ciudadano o miembro del reino de los fines, tal como postulan tanto el Evangelio como Kant.

Bajo esta óptica, la noción de mal en la modernidad radica en la objetivación del otro sujeto: se materializa cuando se ve en el otro una fuente de fuerza de trabajo, bienes o servicios, un objeto sexual o un comprador, en lugar de verlo como un ser humano. Por ello, resulta de gran importancia recuperar el ser de lo humano, continuamente negado por una sociedad que reduce a todo individuo a sus meras funciones sociales: empleado, profesional, obrero, habi-

tante, consumidor o votante; o a un dato o un simple número, degradándolo, cosificándolo y reduciéndolo estrictamente a su mera actividad exterior.

Es interesante agregar que, según Smith, no determinamos, por ejemplo, que un personaje histórico es virtuoso o vicioso por el beneficio o el daño que éste pueda infringirnos en el presente, sino por el impacto que éste tuvo sobre la sociedad de su época. Nuestros sentimientos dependen de lo que podríamos haber experimentado si hubiésemos vivido en aquellos tiempos y no de nuestras valoraciones actuales. Este fenómeno constituye lo que el autor denomina "simpatía indirecta": aquella que sentimos hacia quienes reciben el beneficio o el perjuicio del proceder ajeno, al experimentar la gratitud de los favorecidos por sus actos o la deslealtad de los perjudicados. El sujeto termina por ponderar la propiedad de cualquier cualidad por la simpatía con la felicidad de aquellos afectados por la misma, pero nunca en función del provecho propio.

La idea, en suma, tras la que andaban a tientas esos autores, era la de la simpatía indirecta que sentimos hacia la gratitud de quienes recibieron el beneficio y hacia el resentimiento de quienes sufrieron el perjuicio proveniente de estos personajes. A esta idea me refería cuando afirmaba que no era la noción de nuestro provecho o daño lo que impelía nuestro beneplácito o indignación, sino la concepción o imaginación de lo que podríamos ganar o perder si debiésemos actuar en compañía de semejantes socios. (Smith, 1978, p. 537)

Simpatizar implica, entonces, compartir los sentimientos del otro. Significa también aprobar su acción, por lo que no simpatizar significa reprobar o, lo que es lo mismo, no suscribir sus acciones. Resulta curioso que aunque la simpatía no puede considerarse un principio egoísta de acuerdo con Smith, la compasión como sentimiento o el hecho de asistir a otro en su sufrimiento en alguna medida oculta cierta vanidad, pues supone que para simpatizar con alguien y acompañarlo en su padecimiento, ésta persona debe rebajarse y ponerse en una situación de minusvalía, para poder encontrar a alguien con quien compartir su dolor, lo que termina ensalzando al sujeto que simpatiza, colocándolo en una posición de necia y a veces vil superioridad y vanagloria que, más que producir consuelo al afectado, causa "auto-admiración" y arrogancia en aquel que simpatiza, quien con el pecho inflado hace gala de su "memorable sentido de la conmiseración y de la piedad por los demás", tras de lo cual realmente subyace un sentido de impúdica soberbia y petulancia.

El *pathos* de la nobleza y de la distancia, como lo llamaría Nietzsche en su *Genealogía de la moral*, constituye ese sentimiento global, duradero y radical de superioridad que ejerce una especie dominadora sobre una inferior; un mirar hacia “abajo”. Este es un sentimiento que recurrentemente se observa en quienes otorgan limosnas o participan en obras de caridad motivados más por el reconocimiento que reciben que por la genuina voluntad de ayudar a los demás. Lo vemos mucho en los políticos y también en personas religiosas, falsas y deshonestas. Como bien advierte Quevedo, “si haces bien para que te lo agradezcan, mercader eres, no bienhechor; codicioso, no caritativo”. Sumado a esto, dicha falsa piedad suele encubrir la responsabilidad directa que estas figuras tienen sobre el dolor ajeno. Por eso, mientras la compasión sincera y bienintencionada nos puede acercar a los demás, el caso contrario no solo nos aleja, sino que ofende y puede llegar a humillarnos. En lugar de brindar amor y consuelo, se transforma en una afrenta ignominiosa con efectos devastadores tanto para quien la padece como para quien la ejerce. Diría Smith (1978) al respecto: “Lástima y compasión son palabras apropiadas para significar nuestra condolencia ante el sufrimiento ajeno.” (p. 52)

Es importante notar que la compasión falsa supone una distancialidad entre los sujetos, es decir, una separación significativa entre el individuo menoscabado que padece y el espectador grandilocuente que pretende aminorar su sufrimiento. Por el contrario, la compasión verdaderamente bondadosa opera como un sentimiento que disuelve estas distancias, partiendo del reconocimiento de nuestras aflicciones comunes. Al fin y al cabo, todos hemos sido arrojados a un mismo mundo que no elegimos; una realidad compartida en la que habitamos inmersos, a menudo sin percibirla de manera consciente.

El dilema surge cuando la persona primariamente afectada se ve forzada a rebajar sus emociones a las expectativas ajenas para obtener así consuelo y compañía en su dolor. Para encajar y recibir la social, el sujeto debe adecuarse a las normas morales predominantes. De este modo, queda atrapado no en el juicio de una persona en particular, sino en la generalidad impersonal de lo que “la media” o la masa determina como lo propio o lo impropio o lo “normal”. Esto nos somete a la hegemonía del rebaño, a una dictadura del montón en la que cualquier diferencia significativa quedaría nivelada, silenciada y extirpada. Así, el ser humano termina diluido en esa masa chata, homogénea, unidimensional y anónima, perdiendo por completo su autenticidad para convertirse en un ente más entre la muchedumbre y el tropel.

Los seres humanos nunca conciben el grado de pasión que naturalmente anima a la persona principalmente interesada. La persona protagonista ansía apasionadamente una simpatía completa. Anhela el alivio que solo puede proporcionarle la coincidencia perfecta de los sentimientos de los espectadores con los suyos. Su único consuelo estriba en verificar que, en las pasiones violentas y desagradables, las emociones de sus corazones palpitan en todos los aspectos al unísono con el suyo. Pero solo puede alcanzar esta meta si rebaja sus pasiones hasta el punto en que los espectadores pueden acompañarlo. Debe embotar el filo de su tono natural y reducirlo para que armonice y encaje con las emociones de quienes le rodean. (Smith, 1978, p. 70)

En este sentido, la autoaprobación opera también como un mecanismo de beneplácito frente a las conductas ajenas. Por ejemplo, al presenciar un comportamiento guiado por el decoro y la probidad, surge en nosotros el anhelo de actuar como esas insignes y admirables personas. Por el contrario, cuando observamos acciones desprovistas de rectitud, saltamos de temor por solo imaginarnos proceder de esta vil y temible manera.

Así como el aprecio y la admiración que naturalmente concebimos hacia algunas personalidades nos predisponen a desear convertirnos en objetos idóneos de tan gratos sentimientos, el odio y el desprecio que también naturalmente abrigamos hacia otras nos predisponen, quizá más enérgicamente, a espantarnos ante la sola idea de parecernos en lo más mínimo a ellas. (Smith, 1978, p. 231)

No obstante, al definirse en función del vínculo que establecemos con los demás, la simpatía funciona como un mecanismo de aprobación que nos sacaría de esa tendencia al auto-centramiento, es decir, de la propensión narcisista a priorizarse a sí mismo sobre el resto de las personas. Esta problemática da pie a una interesante discusión entre el interés particular y el interés público, o entre las esferas de lo privado y de lo colectivo. Para Smith, la simpatía fundamenta el sistema moral al establecer los límites a los que han de someterse los intereses particulares, transformando los vicios privados en acciones socialmente benéficas.

En este punto, resulta ineludible la conexión con la *Fábula de las abejas* de Bernard Mandeville, la cual podemos encontrar en el subtítulo de su obra: *Vicios privados, virtudes públicas*, -aunque puede que no sea del agrado de Smith-, donde se deja entrever cómo los vicios del individuo, tales como el egoísmo, el orgullo, la vanidad o la avaricia terminan convirtiéndose en los motores de la industria y el comercio, garantes de la prosperidad, la laboriosidad, la innovación y la riqueza de la sociedad.

De este modo, la simpatía debe promoverse como un imperativo ético: conectar genuinamente con el padecimiento ajeno nos impediría tolerar las profundas injusticias, desigualdades, inequidades, oprobios y abusos que imperan a nivel global. De hecho, al paso que vamos, la humanidad no podrá sobrevivir en el futuro sin ella. La raíz del problema radica en concebir al otro en un mundo atomizado y fragmentado, como un individuo aislado separado de mi individualidad, como un rival, un extraño, un competidor, un enemigo.

En contraste, para la tradición hindú esta fragmentación es ilusoria; es el mundo de *maya* (ilusión); todo individuo en el cosmos es la expresión de una unidad total, principio condensado en la máxima hindú *tat tvam asi* ("tú eres eso" o "yo soy tú"). Asumir la compasión como una máxima general que guíe la conducta humana nos permite trascender el velo de la ignorancia y el individualismo extremo. En definitiva, como sentenció Albert Schweitzer, el amor es lo único que se duplica cada vez que lo compartimos. La compasión es la única puerta que nos lleva a comprender que el otro no está separado de nosotros porque todos somos parte del mismo espíritu. La indiferencia, por el contrario, no es más que el invierno del corazón.

Es fundamental advertir que la separación real entre los individuos es inexistente. La multiplicidad de seres aparentemente distintos y aislados es una ilusión fenoménica creada por las formas de la representación. La unidad esencial de toda existencia significa que la separación entre el yo y el otro, que parece tan evidente en la experiencia ordinaria, es un constructo artificial de la representación espacio-temporal. En realidad, como lo afirmó atinadamente Schopenhauer, la misma voluntad que el individuo experimenta como su propia naturaleza íntima es igual a la que se manifiesta en todos los demás seres. En consecuencia, no hay diferencia real entre el sufrimiento propio y el de cualquier otro ser consciente. Esta comprensión disuelve las bases ontológicas del egoísmo.

Si solo existe una voluntad que se manifiesta como la multiplicidad aparente de individuos, dañar al otro equivale a hacerse daño a sí mismo, y procurar el bien ajeno es asegurar el propio. Así, la dicotomía entre interés personal e interés ajeno se revela como una ilusión basada en la ignorancia sobre la verdadera naturaleza de las cosas. Esto no suprime la realidad del sufrimiento individual, sino que lo universaliza. Si todos los seres humanos somos manifestaciones de la misma voluntad, entonces el sufrimiento personal evidencia el sufrimiento que caracteriza a toda existencia consciente por igual. El individuo no sufre en soledad, sino que su sufrimiento es una participación en el sufrimiento universal que define la condición humana.

En consideración de lo anterior, cabe preguntarse: ¿Por qué se experimenta un dolor genuino frente al sufrimiento de un extraño? ¿Qué fuerza misteriosa impulsa a ayudar a alguien de quien no se espera beneficio alguno? La respuesta devela una primera grieta en el velo de la ilusión individual egoísta que suele ocultar la verdad ontológica del ser humano. El impulso compasivo resulta inexplicable bajo el prisma de las teorías éticas que asumen la separación concreta entre individuos. Si el sujeto existiera como entidad completamente apartada del resto, el dolor ajeno representaría apenas un dato externo, evaluable de forma estrictamente racional y desprovisto del impacto emocional. Por esta razón, la auténtica compasión trasciende la lógica del interés separado. Al contemplar el sufrimiento de otro ser consciente, es posible experimentar ese dolor como si fuera propio. Esta identificación empática que no deriva de razonamientos abstractos sobre semejanzas superficiales, sino del reconocimiento inmediato e intuitivo de una identidad compartida, fundamental y común.

La revelación más profunda emerge cuando comprendes que esta identidad empática refleja la verdad ontológica sobre lo que implica ser humano. La separación entre yo y otros que parece tan innegable en la experiencia ordinaria es una construcción artificial de las formas representativas del espacio, el tiempo y la individualidad. La compasión genuina es directa y se expresa como una respuesta emocional inmediata, no forzada ni obligada. Cuando sientes compasión auténtica, no estás respondiendo a la situación de un ente externo y ajeno, sino reconociendo la identidad esencial entre tu propia naturaleza íntima y la naturaleza íntima de quien sufre, lo que inmediatamente elimina el velo de la sombría singularidad aparente.

Esta comprensión transforma radicalmente los cimientos de toda consideración ética genuina. La moral tradicional intenta establecer imposiciones hacia otros mediante argumentos racionales que presuponen la separación fundamental entre agentes morales independientes, extraños y aislados. Estas teorías fracasan necesariamente porque tratan de derivar conexiones éticas de premisas que asumen una desconexión ontológica de origen.

Las éticas basadas en el deber racional, como la kantiana, pretenden deducir obligaciones universales mediante el análisis de la estructura lógica de la razón práctica. Pero estas construcciones permanecen abstractas y carecen del poder motivacional y afectivo necesario para generar una acción moral auténtica. Un individuo puede reconocer intelectualmente que su máxima debe ser universalizable, pero esto no garantiza que sus acciones y emociones se conformen de acuerdo a esta exigencia racional.

De igual manera, las éticas utilitaristas que buscan maximizar el bienestar general presuponen que es posible calcular racionalmente las consecuencias de nuestras acciones para el bienestar de otros. Sin embargo, estos cálculos permanecen externos a la experiencia directa y no proporcionan motivación suficiente para sacrificar el bienestar inmediato en favor de personas abstraídas de la propia intimidad.

Incluso las éticas de la virtud, que enfatizan el desarrollo del carácter moral, presuponen que existe un yo estable que puede cultivar disposiciones éticas duraderas e impuestas. Pero si la individualidad personal es construcción fenoménica, las virtudes individuales no trascienden el plano de la representación y jamás acceden a la realidad más profunda que fundamenta la consideración ética. La ética auténtica no reside en principios racionales abstractos, sino en el reconocimiento afectivo y directo de la unidad que subyace a la multiplicidad aparente de los seres. Este reconocimiento no es una conclusión teórica y abstracta desvinculada de la vida, sino una experiencia intuitiva inmediata y amorosa que se manifiesta espontáneamente como compasión frente al sufrimiento ajeno.

Mientras la simpatía, nacida de una forzada identificación imaginativa con otros, permanece en el plano de la representación y queda condicionada por la similitud cultural, el atractivo físico o la proximidad espacial o afectiva, la verdadera compasión trasciende estas limitaciones al abrazar una identidad esencial al margen de las diferencias fenoménicas y ópticas. La benevolencia motivada por expectativas de reciprocidad o de aprobación social sigue siendo egoísta, pues persigue un beneficio encubierto para el agente moral individual. La compasión auténtica, en cambio, no espera gratitud ni reconocimiento, porque surge de la certeza de que ayudar al otro es ayudarse a sí mismo.

Incluso la filantropía motivada por principios religiosos o filosóficos abstractos puede permanecer en el plano de la representación si no surge de una experiencia directa y afectiva de la unidad. La verdadera compasión no requiere creencias doctrinales, ni mandatos externos, sino el reconocimiento inmediato y cariñoso de la realidad que compartimos con los demás seres humanos. Esta comprensión explica por qué la educación moral tradicional resulta tan ineficaz para generar un comportamiento ético genuino. Mientras la enseñanza ética se limite a transmitir principios racionales o reglas conductuales impuestas, permanecerá en el nivel superficial de la representación conceptual.

La ética de la compasión no proporciona reglas específicas para resolver dilemas morales complejos, pues opera en un nivel más fundamental que las consideraciones estrictamente prudenciales. Su función no es dictaminar qué acciones específicas deben realizarse, sino transformar la perspectiva desde la cual el individuo concibe su relación con los demás. Esta transformación de perspectiva puede manifestarse de maneras muy diferentes según las circunstancias y capacidades individuales. Puede expresarse como dedicación a mitigar formas específicas de sufrimiento, como compromiso con la justicia social, como práctica de profesiones de servicio, como formación de comunidad o, simplemente, como una mayor consideración hacia los semejantes en la interacción cotidiana. Se trata de una compasión que no está dirigida selectivamente hacia determinadas personas que despiertan simpatía personal, sino que se extiende igualmente a todos los seres capaces de sufrimiento.

Ahora bien, esta compasión universal no necesariamente tiene que manifestarse como actividad filantrópica organizada. Puede expresarse simplemente en una presencia silenciosa, sabia y armoniosa que irradie paz y sosiego, capaz de influir positivamente en otros sin necesidad de una acción deliberada, demostrando así la posibilidad de una existencia auténtica. Sin embargo, todas estas manifestaciones particulares permanecen secundarias frente a la transformación fundamental de la conciencia y el corazón. Esta integración del “espíritu geométrico” y el “espíritu de fineza”, como lo definiría Pascal, constituye la esencia de la iluminación y la realización ética. Es un trabajo que todo ser humano debe hacer sobre sí mismo y sobre su “ciudad interior”, evocando a Platón al final de *La República*. Esta transformación prepara el terreno para posibilidades aún más profundas de liberación y conexión con los demás que trasciendan la estrecha, pobre, nociva, peligrosa y limitada perspectiva egoísta.

León Tolstoi, uno de los gigantes de la literatura rusa, poseedor de una enorme fortuna y aclamado mundialmente por su genio literario, atravesó un período de profunda infelicidad. Un día, en la avenida Afanasevsky, vio a un huérfano abandonado y, conmovido por la compasión, se lo llevó a su casa. Por primera vez en mucho tiempo, se sintió contento. Se olvidó de sí mismo, de sus problemas, de su tristeza. A partir de ese momento, Tolstoi renunció a sus ropas de caballero, a sus lujos y privilegios, y comenzó a llevar una vida sencilla, regalando lo que poseía a los necesitados. “No me hables de religión, de caridad, de amor”, solía decir, “sino muéstrame la religión en tus acciones”. Hasta el día de su muerte siguió ayudando a los demás, por eso muchos decían que estaba loco. En un mundo donde solo cuenta el tener, el aparentar,

el calcular, el dominar, el poseer cosas e incluso personas, donde todos quieren exigir, pero nadie sabe dar, Tolstoi parecía un perturbado. Un día, un viejo amigo suyo que, a diferencia de Tolstoi, vivía en la comodidad y el lujo, le dijo: ¿Qué sentido tiene hacer todo esto? ¿Qué te importan los demás? Deberías pensar en ti mismo. A lo que Tolstoi respondió: "Si sientes dolor, estás vivo; pero si sientes el dolor de los demás, eres realmente humano".

Preguntarse en qué consiste ser humano, aquello que nos distingue del resto de los seres vivos, es un cuestionamiento omitido en la contemporaneidad. Habitamos una época donde el problema moral ya no se plantea, podríamos decir que estamos en un mundo gélido y completamente amoral, sobre todo porque se asumió la imposibilidad del vínculo y del amor al ver al otro como algo tan ajeno y distante como criaturas de otra especie.

En contraste con este desarraigo, el pensador presocrático Empédocles formuló una singular y conmovedora noción de simpatía: "Yo he sido ya un mozo y una moza, y una mata, y un pájaro, y un mudo pez del mar..." Empédocles evoca estas variadas formas de vida con el tono cariñoso de quien ha sentido su existencia desde dentro, y para quien ninguna de ellas es nada más remota que él para sí mismo. La universal animación envuelve aquí algo que todo lo abraza, algo que comprende todas las cosas y está emparentado con todas ellas, y esto llena sus versos de un característico calor y cercanía, donde nada queda excluido. Para él, no existen "simples cosas", en cuanto tales, sino criaturas iguales a él y a las que acoge en su corazón con cercana simpatía y matiz de melancolía. Su simpatía no es un sentimiento de extravagante y lejana consideración por compañeros ajenos y de otra especie, como el del caballero por su caballo o el del cazador por su perro; es más bien una simpatía metafísica y profunda, auténticamente compasiva con toda criatura, que siente como propios los padecimientos de cada una, sin dejar por fuera ninguna de ellas, sintiéndolas más próximas que a su propio ser.

Resulta curioso que la moral de Smith no se asuma abiertamente como una moral cristiana, con una estructura metafísica religiosa que la justifique. No obstante, los vestigios del cristianismo aún se sienten imponentes, aunque en ruinas, cuando el autor aborda la debilidad y la imperfección intrínseca de la compasión y la simpatía. De este modo, su moral se asemeja a un templo cuyos cimientos fueron socavados, reducido a su frágil y quebradiza armazón externa.

En este marco, Smith sostiene que en el alma conviven sentimientos tanto compasivos como egoístas, repartidos en proporciones variadas, pero siem-

pre presentes y entremezclados al bienestar ajeno, razón por la cual no podemos *a priori* considerarlos propios o impropios, correctos o incorrectos. Ambos poseen una raíz legítima: la acción moral puede ser motivada por el amor propio, por la compasión o por la confluencia de ambos. Por consiguiente, no es solo la benevolencia la que infunde virtud a la conducta humana, también la búsqueda de mejorar nuestra propia condición es capaz de producir acciones meritorias y deseables, que explican nuestro comportamiento asociado a la prudencia, la vigilancia, la discreción, la templanza, la frugalidad, la perseverancia y la laboriosidad.

Reconocer el interés personal como factor determinante de la acción humana, advirtiendo simultáneamente sobre las consecuencias de sus extralimitaciones, constituye uno de los ejes centrales del pensamiento de Adam Smith. Abandonado a sí mismo y desprovisto de elementos que lo contengan y direccionen, el egoísmo es una de las fuerzas más peligrosas concebibles, comparable a la furia del fuego, el agua o el viento.

Si la corrección moral radica en la simetría entre el sentimiento y su causa, el mérito se evalúa en función de las acciones y sus consecuencias. El consentimiento o censura no se circunscribe solo a la conducta ajena; también juzgamos nuestra propia conducta. Para mitigar los sesgos y engaños del amor propio, los cuales nos impiden formular juicios medianamente objetivos, resulta indispensable tomar distancia.

Con este fin, Smith introduce la figura del “espectador imparcial”: una abstracción que nos permite apreciar nuestro comportamiento desde la perspectiva de una tercera persona, desvinculada afectivamente y dotada del buen sentido de las normas generales de la sociedad. Esta conciencia imaginaria, insobornable en sus fallos y equitativa en sus sentencias, emite un juicio implacable de nuestro proceder, del que depende el sentimiento de autoaprobación. Esta preocupación por el mérito de nuestras acciones proviene del hecho de que el respeto a las normas morales procede de que no somos entes aislados, sino que vivimos en sociedad. Indagamos en nuestras propias pasiones y las observamos desde la mirada ajena, fingiendo ser espectadores de nosotros mismos para imaginar el efecto que producirían en nuestro ser. En este proceso, nos miramos en el espejo de los demás hombres. Podríamos incluso interpretar a este “espectador imparcial” como una figura paterna que impone límites normativos, como si Smith hubiese proyectado en su teoría al padre que nunca conoció, fallecido poco antes de su nacimiento.

De esta manera, el examen de nuestra conducta y de la ajena nos permite sacar conclusiones acerca de aquello que consideramos correcto o incorrecto. Así se van construyendo las reglas generales de la moralidad, las cuales tienen un carácter empírico arraigado a la experiencia, alejándose de principios abstractos, puramente racionales o azarosos. En la medida en que aprobamos o desaprobamos una conducta de acuerdo a su mérito o demérito, se consolida en el tiempo una cierta manera de proceder que se establece por la concurrencia y termina por convertirse en la norma de juicio a la que acudimos como patrón de comportamiento. Las personas regulan su proceder, adecuándolo a estas normas generales que, aunque originadas en la simpatía, se decantan mediante el contacto social. Para Smith, de esto depende el orden y la vida en colectivo, por consiguiente, para él la justicia y el principio de no perjudicar a otros resultan absolutamente imperativos para garantizar la convivencia, la armonía y la cooperación.

Lejos de ser un profeta del "capitalismo salvaje", o el defensor de una sociedad sin justicia ni valores éticos exclusivamente orientada por el egoísmo, Smith fue ante todo un moralista. Como partidario de la severidad estoica, se preocupó profundamente por las reglas que circunscriben y constriñen la conducta humana. Para él, la justicia es indispensable y la benevolencia es el más hermoso ornato de una sociedad libre. Al concebir la riqueza como algo vano o fútil, afirma, un poco con carácter de ironía, que "el pordiosero que toma el sol a un costado del camino atesora la seguridad de que los reyes luchan por conseguir". En su pensamiento resultan claves la virtud del autocontrol y la continencia, así como también su canto a la frugalidad, la ponderación, la medida, la simplicidad, manifestando un profundo rechazo hacia la ostentación de las riquezas materiales y del poder.

El poder y la riqueza aparecen entonces como son en realidad: unas máquinas enormes y laboriosas preparadas para producir unas insignificantes comodidades para el cuerpo, cuyos engranajes son frágiles y delicados, que deben mantenerse en orden con el cuidado más ansioso, y que, a pesar de toda nuestra solicitud, pueden en cualquier momento estallar en mil pedazos y sepultar entre sus ruinas a su infortunado poseedor. Son inmensas estructuras cuya edificación absorbe el trabajo de toda una vida, que permanentemente amenazan con aplastar a la persona que las habita, y que mientras se mantienen en pie, aunque pueden ahorrarle algunos pequeños inconvenientes, no son capaces de protegerla de las severas inclemencias del tiempo. Defienden del chubasco de verano, pero no de la borrasca de invierno,

y siempre dejan a la persona tan expuesta como antes y a veces más a la ansiedad, el temor y la congoja, a las enfermedades, los peligros y la muerte. (Smith, 1978, p. 322)

No obstante, el estoicismo de Smith es moderado, pues rechaza la máxima según la cual la perfección, la negación absoluta del deseo y el ascetismo más extremo constituyen la única vía correcta. Para el autor, lo fundamental no es erradicar toda pasión sino moderarla y direccionarla. En su sistema, la moral es corrección, mientras que la virtud es excelencia, una cualidad que este pensador, como buen conocedor de las debilidades del alma humana, sabe difícil de alcanzar. Por eso, su pensamiento se revela simultáneamente optimista, realista, modesto y conservador.

Bajo esta óptica, Smith asume que la simpatía nunca es perfecta, puesto que resulta imposible saber exactamente cómo se siente el otro, dado que el sufrimiento es intransferible. A pesar de esto, lo importante es el proceso imaginativo de ponerse en el lugar del otro y asumir así su realidad, lo que requiere salir del auto-centramiento. En este proceso, la intervención del amor propio es legítima, ya que el cuidado de sí mismo no es excluyente de la preocupación por los demás. De hecho, según este autor, el amor propio puede ser muchas veces un motivo deseable para actuar, el buscar mejorar nuestra condición, el buscar que nos estimen o el aspirar a ser objeto de nuestra propia aprobación, no merece ningún tipo de rechazo o reprobación. Por el contrario, esto puede conducirnos a mejorar como personas y también a contribuir con la sociedad. Incluso llega a justificar nuestra natural imperturbabilidad ante los males de personas distantes, criticando el exceso de aquellos filósofos melancólicos que se lamentan de los múltiples padecimientos del mundo y que, por eso, según éstos, no deberíamos complacernos de nuestra buena fortuna.

¿Cómo es posible, entonces, que el hombre —una criatura egoísta— pueda producir juicios morales en los que el interés personal se transmuta hacia un plano superior? Smith sostiene que la respuesta está en nuestra capacidad para ponernos en el lugar de una tercera persona: un observador imparcial. Al poner en práctica la simpatía desde esta óptica, logramos hacernos una idea de los méritos de nuestra conducta. Es este amor por lo honorable y lo digno, que va mucho más allá de un simple amor al prójimo, lo que explica nuestro sentido de corrección y nos impulsa a respetar a los demás sin requerir coacción externa. Esta conciencia, emanada del espectador imparcial del “hombre en el pecho”, es la que nos disuade de obrar exclusivamente por egoísmo, erigiendo esta figura imaginaria, abstracta e interna en el juez más eficaz de nuestras acciones.

Esta entidad es imaginaria porque, al ser imposible transmutarnos en otros, debemos conjeturar cómo se siente el otro si estuviéramos en su situación; es abstracta porque no se trata del juicio de una persona particular; y es interna porque se trata de un proceso introspectivo e intransferible. Este mecanismo exige una identificación con las normas morales generales, llevándonos a asumirlas como propias. En última instancia, esta matriz normativa regula el proceder de cada individuo y nos permite hallar en este pensador un fino retrato de la psicología humana; una arquitectura mental que se refleja en cada interacción que realicen los sujetos en la sociedad y, por supuesto, en ese subconjunto particular que es el mercado.

CONCLUSIONES

El pensamiento moral de Adam Smith se encuentra fundamentado, primordialmente, en su libro *La teoría de los sentimientos morales*. Esta magna obra constituye, sin duda, un clásico de indiscutible vigencia. Mientras otros autores pescaban aquí y allá, Smith lanzó su red y logró articular un panorama general y sistemático. Al reunir y tejer los hilos de muchos de sus predecesores, construyó un marco teórico robusto que permitió a sus discípulos continuar, desarrollar y reinterpretar su legado. Aunque no es un texto estrictamente conciso ni enteramente original –y mucho menos de un manual–, es una obra que nada elude, que está dotada de observaciones interesantes y mordaces que todo lector disfrutará al leer, pero tras de la cual encontraremos un almacén de plomo que cohesiona todos sus planteamientos. Esta estructura interna nos permite conectar sus obras y comprender tanto el espíritu de sus ideas como el comportamiento de los individuos en general.

En *stricto sensu*, este libro hurga en las profundidades del alma humana con un carácter provocador, cuestionando preceptos fuertemente arraigados en su época. Adam Smith se revela así como un hijo ilustre del siglo de las luces y de la modernidad, pero con unas raíces muy hondas en su querida Escocia. La escuela escocesa, con Smith como uno de sus máximos representantes, se propuso lograr en las ciencias sociales lo que Newton había alcanzado en las ciencias naturales: formular una teoría general de la moral, la política y la sociedad. Para ello, resultaba necesario demostrar la existencia de ciertas regularidades en los seres humanos, su psicología y sus instituciones, alejándolas del azar o la arbitrariedad. Por este motivo, el autor afirma que estamos “irresistiblemente sentenciados a tener los sentimientos que tene-

mos", subrayando así el carácter indefectible, universal y recurrente de nuestra condición moral.

Su tratado moral se propone escarbar muy hondo en las regiones más recónditas del alma humana con el fin de descubrir las reglas naturales que rigen la conducta de esta peculiar criatura que es el hombre. Busca comprender sus instintos y pasiones para develar las recurrencias que determinan el comportamiento individual.

¿Cómo es posible, entonces, distinguir lo propio de lo impropio? Según Smith, no será la razón el elemento determinante de nuestros juicios, pues la raíz de nuestra moralidad reside fundamentalmente en la simpatía, que además nos sirve para compartir los sentimientos ajenos, se encuentra profundamente anclada en la naturaleza humana y se nutre de la facultad de la imaginación. Basta que una situación origine una pasión en el ánimo ajeno para que brote una emoción semejante en el pecho de cualquier espectador atento a su conducta. Nos ponemos en el lugar del otro, compartimos su padecer y nos sentimos conmovidos por sus aflicciones, en la medida en que evaluamos los motivos y las causas de su ventura o su desdicha.

Nuestros afectos no solo se conmueven por el infortunio y el regocijo ajenos, pues la reciprocidad en el mundo de los sentimientos es una exigencia del alma. Nada nos importa más que la coparticipación en nuestras emociones y el poder experimentar la simpatía como mecanismo de acompañamiento y validación de nuestra propia conducta. Nada en el mundo nos afecta tanto como la indiferencia de nuestras desdichas y nada nos alegra más que sentirnos asistidos y validados. Para lograrlo, es necesario moderar nuestras pasiones y bajarle el volumen al interés personal, ya que los sentimientos egoístas suelen prevalecer frente a los compasivos. Es la consideración por el prójimo lo que apacigua las pasiones turbulentas orientadas a satisfacer exclusivamente el interés particular. Por ello, la continencia para el autor es fundamental, entendiéndola como una genuina y elevada moderación, no como una represión castradora. Finalmente, valoramos la propiedad o impropiedad de los sentimientos ajenos por su conformidad o discrepancia con los nuestros, y evaluamos sus efectos como favorables o perjudiciales. De este modo, consideramos digna de recompensa toda conducta capaz de ocasionar sentimientos de aprobación, y merecedora de castigo aquella que provoque rechazo, erigiendo así nuestro sentido del mérito y el demérito.

El ser humano, en cuanto ser social, no puede establecer relaciones con otros individuos sin asumir y tomar decisiones morales que tienen que ver con

responsabilidades, derechos y comportamientos apropiados que garanticen la cooperación armoniosa, la paz, el orden y la prosperidad. Si algo debemos entender del pensamiento de Adam Smith es que no es abordable el estudio de ninguna forma de relación social sin que prestemos la debida atención a la dimensión moral, por ello debemos superar las falaces y nocivas disociaciones que nos han pretendido inocular entre ética y economía.

Reflexionar acerca de la ética, los sentimientos y las costumbres que dirigen el comportamiento de las personas, entendiendo que hay principios y prácticas que se han acumulado a lo largo del tiempo, es de una importancia fundamental, puesto que la moral configura un sistema de pre-coordinación previo al orden generado por las interacciones del mercado. Para Smith, mediante la simpatía, la situación de los otros repercute en la toma de decisiones de cada persona, quien además juzga también su propia conducta a través de la figura del espectador imparcial, la cual es fruto de un largo proceso de socialización y de interiorización de prácticas y costumbres que se van arraigando en cada individuo, quien a su vez conforma una comunidad, una ciudad, una nación y un mundo.

La ética no puede concebirse como un disolvente, antídoto o una oposición a la racionalidad económica, sino como una reconstrucción comprensiva erigida sobre bases psicológicas y afectivas realistas, acordes a la naturaleza de esa criatura que nuestra disciplina pretende comprender: el ser humano. Es imperativo dejar de lado abstracciones, oposiciones, incongruencias, dicotomías, reduccionismos y omisiones que han obstaculizado la verdadera comprensión de los fenómenos y problemas humanos. El propósito es, por tanto, reorientar el razonamiento económico integrando la constitución ética de los individuos. Debemos trascender la simple, insuficiente y escueta percepción de que la única cuestión es cómo abordar y calcular la escasez de recursos y bienes de un modo eficiente (económicamente racional), puesto que esto no se puede separar de los conflictos sociales que se generan, las relaciones de poder existentes y los juicios morales emitidos.

En consecuencia, debemos apartarnos de esa pseudo-cientificidad o mecánica conceptual rígida y cerrada, como única forma válida de conocer, puesto que solo toma en cuenta relaciones cuantitativas entre variables económicas, desconociendo el carácter esencialmente político de la economía en tanto que tejido de prácticas sociales entre individuos que establecen relaciones de poder y juicios morales entre sí, que están a la base de la teoría económica,

por eso aquellos que busquen investigar *La teoría de los sentimientos morales* encontrarán en ella un complemento ideal a *La riqueza de las naciones*. Solo la lectura conjunta de ambas obras permite alcanzar una comprensión cabal de las ideas de Adam Smith, un pensador cuya impronta imborrable y hegemonía intelectual sigue rigiendo nuestra experiencia humana más de dos siglos y medio después.

Finalmente, es importante destacar que toda relación económica siempre presupone, en el fondo, un tipo de relación personal. Por consiguiente, la ética y el interés particular deben operar al unísono, quedando el sistema económico condicionado por la moral y la moral corrigiendo los excesos del propio sistema económico. El sistema moral termina así por producir un orden funcional general, en vista de que la ética constituye la base de cualquier sistema de cooperación.

Quizás una de las mayores enseñanzas que nos puede dejar Smith es que no podemos escindir la moral de las interacciones económicas, lo que nos debe ayudar a dejar de lado las equivocadas dicotomías y oposiciones entre benevolencia y egoísmo, entre ética y economía. En definitiva, nos exige comprender que los fenómenos económicos son siempre manifestaciones de prácticas sociales mucho más complejas de lo que las rígidas categorías económicas son capaces de abarcar.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aristóteles: *Ética a Nicómaco*, España, ed. Alianza, 2007.
- Aristóteles: *The works of Aristotle, en Great Books of the Western World*, vol. 8-9, Chicago, ed. Encyclopaedia Britannica, 1971.
- Copleston, F. *A History of Philosophy*, New York, ed. Image Books, 1962.
- Del Búfalo, E. *Los límites de la teoría económica*, Caracas, ed. Panapo, 1995.
- Descartes, R. *Discurso del método, dióptrica, meteoros y geometría*, Madrid, ed. Alfaguara, 1981.
- Dickens, C. *Obras completas*, Madrid, ed. Aguilar, 1950.
- Dobb, M. *Teoría del valor trabajo y de la distribución desde Adam Smith (Ideología y teoría económica)*, Argentina, ed. Siglo veintiuno, 1975.
- Foucault, M. *Las palabras y las cosas*, México, ed. Siglo veintiuno, 1972.

- Heidegger, M. *Ser y tiempo, Madrid*, ed. Trotta, 2009.
- Heilbroner, R. *Los filósofos terrenales*, Madrid, ed. Alianza, 2015.
- Hobsbawm, E. *Las revoluciones burguesas*, Madrid, ed. Guadarrama, 1974.
- Hume, D. *An Enquiry Concerning Human Understanding*. John Locke: *An Essay Concerning Human Understanding*. George Berkeley: *The Principles of Human Knowledge*, en *Great Books of the Western World*, vol. 35, Chicago, ed. Encyclopaedia Britannica, 1971.
- Jaeger, W. *La teología de los primeros filósofos griegos*, Fondo de Cultura Económica, España, 1977
- Kant, I. *Crítica de la razón pura*, Buenos Aires, ed. Losada, 1967.
- Malthus, T. *Ensayo sobre el principio de la población*, México, ed. FCE, 1998.
- Mandeville, B. "*La fábula de las abejas*", traducción de José Ferrater Mora. Ed. FCE, España, 2004
- Maquiavelo, N. *El príncipe*, México, ed. Porrúa, 1978.
- Marx, C. y Engels, F. *Biografía del manifiesto comunista*, México, ed. Compañía General de Ediciones, 1973.
- Marx, C. *El capital (crítica de la economía política)*, México, ed. F.C.E., Segunda Edición, 1959. Traductor: Wenceslao Roces.
- Napoleoni, C. *Diccionario de economía política*, Madrid, ed. Castilla, 1962.
- Pascal, B. *Pensamientos*, Barcelona, España, ed. Orbis, 1977.
- Ricardo, D. *Principios de economía política y tributación*, Bogotá, ed. FCE, 1959.
- Rousseau, J. *Del contrato social. Discurso sobre las Ciencias y las Artes*. Discurso sobre el Origen de la Desigualdad entre los Hombres, Madrid, ed. Alianza, 1980.
- Sartre, J. *El existencialismo es un humanismo*, Buenos Aires, ed. Sur, 1973.
- Smith, A. *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, México, ed. FCE, 1997.
- Smith, A. *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, Madrid, ed. Alianza, 2011.
- Smith, A. *La teoría de los sentimientos morales*, México, ed. FCE, 1978.
- Smith, A. *La teoría de los sentimientos morales*, Madrid, ed. Alianza, 2009.

Smith, A. *Lecciones de jurisprudencia*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, Boletín Oficial del Estado, 1996.

Smith, A. *Lectures on Jurisprudence, Indiana*, Liberty Fund, 1982, tomado del Oxford University Press de 1978.

Smith, A. *The Theory of Moral Sentiments*, USA, Penguin Books, 2009.